

Juan Marín

## Los orígenes de la cultura china. Bronces arcaicos: “Shang” o “Yin”



HA probado con certeza absoluta que no existen en la arqueología de China, broncees anteriores a la dinastía Shang (1776-1121 A. C.). Según lo expusimos en detalle en un trabajo anterior publicado en estas mismas páginas, antes del período de Shang sólo encontramos trabajos de alfarería. El paso de la dinastía Hsia (o “Hsia”) a la dinastía Shang, significa el paso de la cerámica a los metales; y las formas y estilos que los broncees adoptaron al florecer y expandirse bajo los Shang, son los hijos directos de la cerámica neolítica, particularmente de la llamada “alfarería negra”. Digamos también desde el comienzo, que el arte del bronce bajo los Shang alcanza tal perfección y maestría que nada tiene que envidiar a la de los períodos posteriores, lo cual confirma la tesis histórica de que los Shang fueron extranjeros llegados a China en un estado avanzado de civilización, dueños ya del arte y ciencia de los metales.

Los broncees arcaicos de China son, en general, vasos, vasijas, trípodas, quemadores de incienso, campanillas y espejos. Dentro de estas categorías hay una serie de formas estilizadas que los *connoisseurs* distinguen fácilmente y que aun el ojo de un simple ama-

*teur* llega a ser capaz también de distinguir con sólo verlas en las tiendas de *antiques* de Pekín o Shanghai.

Hasta hace algunos años, la edad de un objeto de bronce era discernida por el color de su pátina, color que abarca todos los tonos del verde, desde el verde malaquita brillante hasta el verde grisáceo, color tierra o serpiente. Pero, como se comprende fácilmente, éste era un medio muy inseguro de clasificación, pues el color de la pátina de un objeto de bronce depende de una serie de factores que ninguna relación tienen con el tiempo o con la edad del objeto. Esos factores son, entre otros: la clase de aleación del metal que lo forma y la composición química de las capas de tierra en que ha sido soterrado. Posteriormente, los arqueólogos usaron como criterio para fijar la cronología de los broncees aquel que atiende a las formas de los objetos y sobre todo al tema y estilo de los motivos decorativos grabados en la superficie y contorno de tales objetos. Se creía y no sin cierta dosis de razón, que a cada época correspondía un estilo de vasos y pebeteros, y un tipo determinado de dibujos ornamentales. Así se han podido distinguir, con algún sólido fundamento de veracidad, los estilos Shang, Chow, Huei, Chin y Han, etc.; pero, dentro de este nuevo criterio discriminativo también había fuertes contingencias de error, pues está hoy probado que las formas pasaban de una época a otra, invadían las épocas posteriores, con algunas variantes es cierto, pero no siempre suficientes para fijar con precisión absoluta su edad. De igual manera pasaban de una era a la otra los temas decorativos que correspondían a concepciones estéticas y religiosas perdurables y que no podían por lo tanto extinguirse bruscamente. Así, durante muchos años, el arte de los broncees "pre-Han", como en conjunto se llama a todos los broncees arcaicos de China, ha navegado un poco a oscuras, dejando un ancho margen para la especulación y aun para el fraude mismo en lo concerniente a la clasificación cronológica de sus bellos y admirables objetos.

Pero, desde que en las primeras décadas del presente siglo, los "huesos adivinatorios" o "huesos de oráculo" fueron descubiertos

en Anyang, la antigua capital del imperio Shang, las cosas cambiaron fundamentalmente. Como se sabe, los "huesos adivinatorios" contienen las primeras formas de los caracteres o letras de la escritura china, los rústicos y simples medios expresivos de que ella se valió en el albor mismo de su cultura escrita. Allí están los "ideo-pictogramas" en toda su prístina y original pureza. El estudio de esta escritura ha venido a descorrer muchos velos del pasado del "País del Dragón" y ha permitido a los filósofos reconstituir buena parte de la historia de la enigmática escritura china, que es única en el mundo en su íntima naturaleza y complejidad. Ahora bien, los vasos y utensilios de bronce, contienen inscripciones en sus paredes: además de los diseños decorativos vense allí ciertos gráficos que son grupos de caracteres de la escritura primigenia, de la misma clase de la que se encuentra en los "huesos quemados" que servían para la adivinación. Naturalmente, estos hallazgos ofrecen un terreno mucho más firme para la investigación de la edad de los bronce y el riesgo de mixtificación o fraude disminuye considerablemente, aunque no del todo, ya que tales caracteres pudieron ser grabados allí *a posteriori* con fines de engaño. De todos los broncees "pre-Han" o broncees arcaicos de China, los Shang son los más importantes, no sólo por ser los primeros, sino muy principalmente por ser ellos la transición de las formas de la cerámica neolítica a los moldes del bronce.

Un momento hubo en la historia de Cathay en que los pueblos que trabajaban la tierra cocida y calentada, moldeándola luego en el torno giratorio para hacer con ella vasijas y trípodes diversos, fueron reemplazados por hombres de un nuevo ciclo cultural que conocían los secretos de la eleación de los metales, de su fusión y de su grabación. Estos hombres tenían un sentido estético mucho más evolucionado que aquéllos y encontraban deleite en dibujar sobre las paredes de los vasos y tiestos, una serie de adornos de gran sencillez y acabada elegancia en su diseño. Tales adornos no eran fruto de mero capricho sino que eran la concreción de viejas con-

cepciones universistas y cósmicas por una parte, y de teorías totémicas y zoolátricas, por otra.

Este nuevo ciclo cultural que surgió al final del neolítico, cuando florecía la alfarería negra en las regiones del noroeste de China, es lo que conocemos globalmente con el nombre de era "Shang" o "Yin". Y es gracias a las normas religiosas de estos hombres y a su costumbre de enterrar a sus muertos con toda clase de utensilios de uso doméstico y con sus vasos litúrgicos y ceremoniales, que la arqueología contemporánea ha podido desentrañar tanto misterio. Pues, como bien se sabe, los hallazgos de bronce, jades y cerámicas son, todos, hallazgos de tumbas.

La aleación metálica con la cual estos hombres desde el Este trabajaron, estaba integrada de cobre y estaño en diversas proporciones, dominando naturalmente el cobre en proporciones que fluctuaban desde un 60% hasta un 90%.

Los bronce Shang los distingue el eminente sinólogo sueco, profesor Kalgren (de la universidad de Stokolmo), por la presencia exclusiva en ellos de tres inscripciones: el "Ya-hing", el "Si-Tsé" y el "Tjú". Estos son símbolos pictográficos, sobre cuyo origen y significado no nos detendremos por no tener atinencia directa con nuestro tema; pero lo importante en ellos es que estos caligramas no se encuentran en los bronce Chow, de la era inmediatamente posterior.

La dinastía Shang (o Yin) reinó en China desde 1766 a 1122 A. C. y corresponde al período en que los grandes jefes de tribus se hicieron emperadores y subyugaron a los Hia (o "Hsia") o gentes de la alfarería negra. En el año 1122 se produjo una invasión de pueblos venidos del Oeste, que conquistaron a los Shang y establecieron por un largo período de casi nueve siglos, el llamado globalmente período feudal de China que es también el período de los grandes filósofos, fundadores de religiones y reformadores sociales.

Ahora bien, en los bronce Chow se han distinguido netamente tres épocas, que corresponden a las tres etapas políticas del multiseular reinado de los Chow, a saber:

a) Bronces "Yin" o "Real Chow" o de los "Chow del Oeste" (1121-947 A. C.);

b) Bronces Chow propiamente tales o "Chow Medio", corresponde al segundo período de la dinastía "Chow del Oeste" (949-771 A. C.), y

c) Bronces "Huai" o "Chow Feudal" o "Chow del Este" (770-256 A. C.).

El período llamado "de los espejos" o "Bronces Chin", corresponde exclusivamente al breve período de la dinastía Chin, o sea, al período del famoso "emperador Loco", Shih Huang-Tí (221-209 A. C.), el constructor de la "Gran Muralla" y el destructor de los libros y letrados confucianos. Los espejos Chin contienen bellísimos grabados ornamentales, pero casi no hay en ellos inscripciones de escritura, pues los violentos métodos empleados por el tirano que hizo quemar todos los libros "para que la historia comenzara con él", no alentaban ninguna clase de aventuras literarias, así fuera en bronce. Aparte de algunas escasas y muy breves alusiones a la "luz del sol" o al "brillo del gran astro Yang", etc., que también podían tomarse como alusiones al megalómano emperador taoísta que fundó una dinastía que con él mismo terminó, nada escrito se encuentra en los hermosos espejos Chin.

Como objetos característicos del arte de los bronce Shang, encontramos los siguientes: trípodes de patas cilíndricas o sostenidos sobre patas que representan animales; cabezas de animales; las enigmáticas máscaras llamadas "Tao-Tié", acerca de las cuales se han escrito bibliotecas; pájaros, dragones o elementos fragmentarios de su fantástica anatomía; serpientes; hojas de árbol, simples o con una cigarra sobre ellas; diseños en espiral; orejas de jarros o vasos; nudos en las tapas o en el cuello de jarrones y en los bordes de pebeteros; cuernos; costillas verticales; mosaicos en losanges oblongos; cuadrados o rombos con creciente de luna, etc.

Los principales tipos de vasos son: Tsué, Kú, Tsun, Ting (cuadrado), Li-Ting, Yú, Yí, etc. La mayor parte de estas formas sobreviven a la época Chang y entran en la era "Chow Real", ex-

tinguiéndose en seguida durante las dinastías "Chow Media" y "Chow del Este", en que nuevas formas vienen a reemplazarlas.

Quien contemple esos bellos vasos y pebeteros tendrá que darse cuenta del alto grado de desarrollo cultural alcanzado por el pueblo chino en edad tan remota. Un vaso como el "Kú" que tiene algo del cáliz de una flor, de una imagen de mujer, de un símbolo abstracto y sidéreo; un trípode como el "Tsué", un jarrón como el "Tsun" que representa el cielo, un quemador o pebetero como el "Ting" (cuadrado) que representa la tierra, etc., son productos de una conciencia estética altamente desarrollada, de una madura inteligencia y de una refinada sensibilidad.

Son las mismas formas que han pervivido en muchas de las admirables porcelanas chinas de las dinastías posteriores: Sung, Ming, Manchú, y han sobrevivido justamente porque representan ecuaciones de una belleza casi perfecta y muy difícil de superar.

Leyendo las obras de los filósofos chinos de los siglos que Will Durant ha llamado de la "Era de los Filósofos" y que corresponden al período "Chow Feudal" (770-256 A. C.), se llega a entender muchísimo mejor el sentido ético y estético de estas creaciones artísticas del bronce. Es en las obras de Confucio (Kung Fu-tszú), Lao-Tszé, Chuang-Tszé, Lieh-Tszé, Mencius (Kung-Tszé), Huai Nan-tszé, etc., en donde encontramos la clave y explicación de estas formas tan estrechamente ligadas con la astronomía y la adivinación chinas. La "Escuela del Calendario" y la "Escuela de los Adivinos" son poderosas corrientes de ideas filosóficas que partiendo de fuentes remotas y en gran parte desconocidas, descenden por el ancho cauce de la historia de la cultura china, fecundando los ritos y el ceremonial de las diversas dinastías y bañando a modo de un inmenso río, la vida religiosa y social del "Florido Reino Medio", hasta nuestros días. La teoría de los "Dos Principios": el "Yang" y el "Yin", la doctrina de los "Cinco Elementos", la del "alma doble" con sus "kuei", el "Culto de los Antepasados", la adoración a Shang-Tí o "Señor del Cielo", la noción mito-biológica del Dragón, el "Feng-Shui" o "ciencia del Viento y

del Agua”, etc., han encontrado tanto en el vaciado de los broncees como en el tallado de los jades y posteriormente en porcelanas, lacas y marfiles una múltiple, hermosa y refinada expresión.

Llegar a entender y avalorar plenamente ese arte, tarea es que exige la duración de una vida. Pero el disfrute del placer estético derivado de la simple contemplación de sus formas y ese “vértigo en el tiempo” que tales objetos nos producen cuando pensamos que vienen desde el fondo de 4,000 años de lejanía y distancia, deben bastarnos —y en efecto bastan— para el deleite de cualquier espectador.